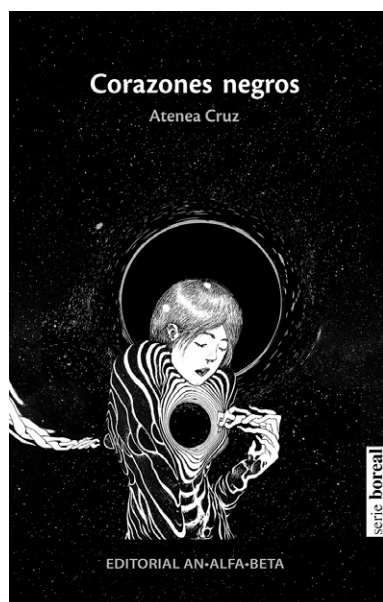


## Presentación del libro *Corazones negros* de Atenea Cruz

CÉSAR SEDANO\*



*Corazones negros*, Atenea Cruz.  
Editorial an.alfa.beta,  
Benito Juárez,  
Nuevo León, 2019.

\*César Sedano  
Candidato de la  
Formación en  
Psicoanálisis de  
la Asociación  
Psicoanalítica de  
Guadalajara/IPA.

sedano\_65@hotmail.com

En un artículo de Carmen Villoro, titulado “El doble y el ausente, doblemente ausente” (*Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, núm. 6, pág. 119), me encontré con una linda metáfora sobre la escritura. Nos dice Carmen que la escritura es como el mensaje dentro de una botella tirada al mar: el destinatario se convierte en todo aquel que escuche el pedido de auxilio de ese naufrago que es el escritor y que se salva de la inexistencia cuando alguien, en un remoto *dónde*, en un incierto *cuándo*, escucha (lee) su plegaria.

El mensaje que Atenea Cruz nos invita a leer en este libro, nos lleva a tocar una de las principales fuentes de conflicto que atañen a la humanidad: los vínculos, los encuentros, las relaciones humanas. Ya decía Freud, en su artículo “El malestar en la cultura”, que el sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo, condenado a la decadencia y la aniquilación; del mundo exterior, capaz de encarnizarse con fuerzas destructoras e implacables; y, por último, de las relaciones con otros

seres humanos. El sufrimiento que emana de esta fuente es, quizá, el más doloroso.

Los relatos de este libro palpan la negrura del corazón: la muerte, las desilusiones, el amor y el desamor, la tristeza y la soledad. Sin embargo, su manera de escribir, de narrar, se vuelve (por así decirlo) una especie de duelo elaborado, una transformación de esos afectos a través de las historias que dejan una sensación de nostalgia, pero también de mucho humor e ironía.

Quiero contarles un poco de mi experiencia como lector de este libro. Pienso que, indudablemente, cuando uno lee, trata de dirigir toda su atención al texto para atraparlo, aprehenderlo, pero cuando menos te lo esperas, algo del texto ya te atrapó y se convierte en toda una experiencia emocional.

Si uno se deja llevar por la pasión que despierta una obra literaria, como lo es *Corazones negros*, seremos presa fácil de afectos que suscita su escritura.

De pronto, uno se siente resignado a su soledad, como “Margarita, una mujer de placeres simples. Ella estaba convencida de que el camino más corto a la tranquilidad del alma era una botella de cloro” (debo confesar que me identifiqué con ella).

Otro de sus personajes, a manera de autorreflexión, nos cuenta: “Una no sabe cómo es un hombre en realidad hasta que se acuesta con él. Porque una cosa son los fingimientos cotidianos y otra la verdad del cuerpo desnudo”. ¿A poco no?

Otra de sus historias ironiza sobre los amoríos en los tiempos de la era digital: Estela, por ejemplo, es una mujer joven que conoce a un hombre unos cuantos años mayor que ella. “Se amigan en Facebook gracias al instinto casamentero de un algoritmo, se simpatizan, se llevan bien. Él es adulator y solícito (en la

medida de lo posible); ella, como toda mujer promedio, es un monstruo insaciable en materia de halagos y condescendencia”.

Así las historias transcurren en un vaivén de tragicomedia, donde todo parece tan real y disparatado a la vez. Ya lo decía J. Lacan: no hay nada más disparatado que la realidad humana. Literatura y psicoanálisis enfrentan en común la fascinante tarea de sondear los laberintos de la naturaleza humana. Comparten la materia prima (dígase el inconsciente), pero difieren en la metodología en su tratamiento.

Literatura y psicoanálisis requieren convertirse en uno de los refugios más sólidos para la conservación de un espacio posible donde ampliar los límites de una humanización siempre en riesgo de fracaso.